

LAS ESTRATEGIAS DE CONTROL PATERNO

Las estrategias de control paterno son aquellos estilos de funcionamiento que se relacionan con las demandas que se le hacen al niño y con el control que se ejerce sobre él. Son aquellos estilos que tienen los padres o quienes se encargan del niño de hacerle demandas y de controlar su conducta.

Una amplia revisión realizada por Synder y Patterson, en 1987, ha analizado la relación existente entre estrategias familiares de control y conducta delictiva, tal y como ya antes habían hecho otros autores clásicos en Criminología, por ejemplo, Glueck y Glueck, en 1956, Hirschi, en 1969, McCord, en 1959, y West y Farrington, en 1973. Estos autores han llegado a la conclusión de que las familias de delincuentes suelen emplear estrategias de disciplina inefectivas, que no logran controlar la conducta de los jóvenes, ni con antelación a la relación de conductas delictivas ni después de producirse éstas. Una adecuada supervisión de los hijos implica, por el contrario, estar pendiente de ellos, corregir sus conductas inapropiadas e indicarles nuevos comportamientos más adecuados.

Cuando la familia utiliza una adecuada supervisión, los padres responden de manera apropiada y coherente a las conductas antisociales de los hijos. No es infrecuente que los niños tengan algún problema en la propia familia o en la calle, que se vean envueltos en alguna pelea o que cometan algún pequeño hurto. Muchos niños y jóvenes han realizado conductas inapropiadas cuando tenían siete, diez, doce o catorce años, que no serán importantes excepto si no se prolongan en el tiempo y aumentan progresivamente su gravedad. Ello puede suceder si no existe una adecuada supervisión paterna y los padres no son capaces de minimizar el contacto de sus hijos con jóvenes delincuentes.

Estos estudios han llegado también a conclusiones interesantes acerca de la relación que existe entre los hábitos de crianza y la conducta agresiva que acaba en delincuencia. Por ejemplo, se ha observado que los chicos agresivos en la calle tienen también altas tasas de conducta agresiva en su propia casa, berrinches, golpes, peleas entre hermanos. Además, los padres de estos chicos suelen intentar controlar sus conductas antisociales mediante el uso frecuente del castigo. Cuando un chico se comporta violentamente, los padres suelen actuar también violentamente, pese a que comprueban reiteradamente que suelen resultar poco efectivo. Muchos jóvenes aceleran su propia violencia a partir de la imitación de la violencia de los padres.

La interacción entre afecto familiar y estrategias paternas de control

Henggeler ha esquematizado las posibles interrelaciones entre las dimensiones afecto familiar y estrategias paternas de control, que podrían dar lugar a determinados estilos de desarrollo y de comportamiento infantil, con arreglo a lo que se detalla más adelante.

- 1- Una situación ideal para el desarrollo infantil se produciría, según el esquema de Henggeler, en la combinación de un alto nivel de demandas y control paterno junto a un buen nivel afectivo. Este ideal educativo se traduciría en unos padres implicados con sus hijos y con autoridad, y su probable resultado serían hijos con una buena independencia, responsabilidad y autoestima, a la vez que una agresividad controlada.

Relación familiar funcionamiento psicosocial juvenil

Se trata de la conducta Paterna, en la que existen demandas del menor y control de los padres.

Hay cierta dimensión afectiva: se aprecia la aceptación, la responsabilidad, la dedicación al niño.

Cuando es alta la conducta paterna, y es alta la dimensión afectiva, se observan padres implicados con autoridad: Alta independencia; responsabilidad. Baja agresión, alta autoestima.

Cuando hay una conducta paterna alta, pero baja dimensión afectiva. Se aprecian padres autoritarios: Déficit en internalización moral, baja competencia social, baja autoestima.

Cuando es baja la conducta paterna: pero, alta dimensión afectiva: se aprecian padres indulgentes, permisivos: alta impulsividad, alta agresividad, baja independencia, y responsabilidad en el menor.

Cuando es baja la conducta paterna, y baja la dimensión afectiva, se aprecian padres indiferentes, no implicados en los problemas del menor. Serios déficit en el desarrollo cognitivo y social del menor.

La fuente fue elaborada por Henggeler en 1989, *Delinquency in Adolescence*. Newbury park. Sage, 36 37.-

- 2- Si las demandas y el control paterno son altos pero existe poca afectividad hacia el niño se encontraría con padres autoritarios pero que no educan adecuadamente a sus hijos. El resultado serían niños con importantes deficiencias en la internalización de las normas, a la vez que una baja competencia social y una baja autoestima. Las normas son impuestas de manera rotunda y caprichosa por los padres. Al niño no se le requiere que tome decisiones personales, sino sencillamente que cumpla aquello que se le ordena, a la vez que los incumplimientos son reprimidos con contundencia.
- 3- Cuando la dimensión afectiva es alta pero el control paterno de sus actividades es inexistente se hallan ante padres protectores y permisivos. Los niños que se desarrollan en un ambiente familiar de estas características podrían manifestar una alta impulsividad y agresividad a la vez que una baja independencia y responsabilidad personal.
- 4- Si tanto el control paterno como el afecto son bajos se halla en el ambiente en que hay padres indiferentes y poco implicados en la educación de sus hijos. El resultado más

probable de esta situación sería niños con graves déficit en su desarrollo cognitivo y social y con problemas para la interacción humana. Esta sería la categoría que mayor incidencia tendría en la generación de jóvenes delincuentes, según el grueso de la investigación.

El factor género

La diferencia más destacada entre los que delinquen y quienes no lo hacen es el sexo al que pertenecen. Las estadísticas, tanto de autoinculpación y de victimación como las cifras policiales, judiciales y penitenciarias evidencian esta diferencia radical entre las tasas de delincuencia masculina y femenina. En todos los países del mundo hay más hombres delincuentes que mujeres. En este punto una cuestión previa es si esta preponderancia delictiva de los hombres es debida a diferencias reales en las tasas delictivas o más bien es el resultado de unas prácticas policiales y judiciales sesgadas. Podría tratarse sencillamente de que la policía detuviera a más hombres que mujeres y los jueces condenaran a más hombres que mujeres. Esta posibilidad se recoge en la llamada Teoría de los caballeros, de Pollak, formulada en 1950, según la cual la sociedad considera la delincuencia femenina menos grave que la masculina. Según ello para el mismo tipo de conductas se castiga más a los hombres que a las mujeres.

En España, según las encuestas de autoinculpación delictiva realizadas con jóvenes, los varones se confiesan autores de pequeños delitos en doble proporción que las mujeres, según Rechea et al. 1995; Montañéz Rodríguez, et. Al. 1997. En cuanto a los detenidos por la policía, son 10 los hombres por cada mujer. Respecto a los condenados, lo son 15 hombres por cada mujer, y en cuanto a los encarcelados, hay 10 hombres por cada mujer.

Los dos principales fenómenos que deben ser explicados son, en primer lugar, por qué delinquen más los hombres que las mujeres y, en segundo lugar, por qué desaparecen tantas mujeres delincuentes en cada escalón del proceso penal.

Esta proporción diferencial entre mujeres y hombres se ve claramente: Asesinatos: 90% mujeres. Violaciones: 98,7% hombres. Robo con violencia: 91% hombres, 8% mujeres. Lesiones: 84% hombres, 15% mujeres. Robo con homicidio: 90% hombre a 9%; Hurto 67% a 32%, que es un delito más suave, la proporción no es tan abismal. Robos de vehículos: 88% a 11%. Incendios 85% a 14%. De promedio, 80% a 19%, según información del FBI en 1993.

¿Quién reincide más, los chicos o las chicas?

La respuesta es que los chicos. A la pregunta que se hacía a propósito de si esta diferencia se debe a una distorsión de los órganos de la justicia, ya se puede responder que no, que según todos los estudios, los informes de victimación, los hombres están más presentes. También es verdad que los delitos femeninos tienen una menor violencia en general y que las mujeres aparecen más implicadas en hurtos, en desórdenes públicos y en delitos relacionados con la

prostitución. Se ha sugerido que un factor vinculado a las menores tasas de delincuencia femenina puede guardar relación con la mayor facilidad de las mujeres para obtener dinero rápido y fácil, mediante conductas no delictivas como la prostitución. En los diferentes países, hay una cierta tendencia en las chicas a cometer delitos menos graves cuando reinciden que los chicos y con menor frecuencia.

Rutter y Giller en 1988: 93 101, recogen diversos sectores de la investigación criminológica que se han ocupado de la relación entre sexo y delincuencia: los estudios epidemiológicos, los estudios sobre agresividad e hiperactividad, los que evalúan la honestidad o moralidad de niñas y niños y aquellos otros que analizan su distinto nivel de tolerancia al desacuerdo familiar, véase una revisión en Clemente 1987^a y Canteras 1990.

Estudios epidemiológicos

Los estudios epidemiológicos se dirigen a conocer si los chicos y las chicas son ya diferentes en la primera infancia en relación a la violencia. Se ha constatado que los varones presentan problemas de conducta en mayor grado y con mayor frecuencia que las chicas ya desde los cinco años hasta la madurez. Es muy 'posible que en estas diferencias tengan un peso importante los factores socioculturales, que establecen una socialización diferente para varones y mujeres. En culturas donde el modo de educar a los chicos y a las chicas es más homogéneo se acortan las diferencias entre sexos en tasas de delincuencia. Una segunda prueba de este efecto cultural es el aumento de las tasas de delincuencia femenina que se ha producido en muchos países occidentales durante las últimas décadas.

Diferencias en agresividad innata

Otro sector de investigaciones se ha centrado en el estudio de la agresividad. Se ha comprobado que, efectivamente, los varones son más agresivos en sus interacciones que las chicas, tanto física como verbalmente. Especialmente los chicos son más agresivos con otros chicos, a los que intentan dominar, pero no con las niñas, que no se dejan dominar tan fácilmente, Maccoby y Jacklin, 1985. En general, las observaciones muestran que los grupos de niños son generalmente más reducidos en su tamaño, con lo cual, las interacciones son más saludables o menos problemáticas porque hay menos gente, mientras que en los grupos de niñas, que suelen ser más numerosos, se producen problemas de liderazgo que hacen que a veces se emitan conductas agresivas.

En esta diferenciación acerca de la agresividad sí que aparece en la investigación claramente un sustrato biológico. La testosterona, que es la hormona asociada a los varones, parece precipitar en los varones mayores niveles de agresividad. Durante los últimos años la investigación criminológica ha avanzado considerablemente en el estudio de los fundamentos psicobiológicos de la conducta agresiva. Se ha documentado la existencia de diferencias notables entre mujeres y hombres, que tienen su origen, ya desde el proceso de gestación, en la distinta configuración y funcionamiento de los sistemas nervioso y endocrino. Especialmente

en aquellos mecanismos que se relacionan con la agresión. Diana Fischbein 1992. Titulado *The psychobiology of female aggression*. (Psicobiología de la agresión femenina).

Diferencias en moralidad y en socialización

Otro sector de investigación ha estudiado la relación entre la honestidad o moralidad y la conducta delictiva. Los investigadores han planteado que quizás entre chicos y chicas exista una diferencia en cuanto a su nivel de honestidad o moralidad ante la vida, que determinaría que unos tuvieran una mayor propensión a la delincuencia que otros. Esta investigación se ha llevado a cabo mediante el análisis de la interacción de los niños en situaciones de juego, dándoles la oportunidad de hacer trampas para engañar a otros. Se ha observado que cuando es posible hacer trampas, no existen diferencias entre los sexos. Ahora bien, las chicas son más propensas que los chicos a confesar que han hecho trampas y a expresar actitudes morales al respecto. No parece existir relación consistente entre la madurez moral de las personas y su habilidad para engañar en situación de juego. En definitiva, para analizar la honestidad en situaciones de la vida real no se pueden utilizar juegos donde es posible hacer trampas porque lo que hagan aquí los individuos no tiene nada que ver con la conducta delictiva real.

Farrington y Kidd, en 1980, abordaron esta cuestión de un modo directo mediante experimentos de cartas perdidas. Para ello colocaron en lugares públicos sobres, a modo de cartas que se hubieran extraviado, que contenían dinero y observaron el comportamiento de quienes los encontraban. Intentaban analizar la dimensión moralidad, para esta situación concreta, en relación con distintas variables tales como el sexo y la edad de los sujetos observados, así como la cantidad y modalidad metálica o talones bancarios, del dinero encontrado y las características sexo y clase social aparente del posible propietario, el destinatario de la carta. El criterio evaluativo de honestidad se determinaba a partir de si quien encontraba el dinero se lo quedaba o, por el contrario, enviaba la carta a su destinatario. Se constató que, en general, el robo era más frecuente cuando la aparente víctima era un hombre y cuando el dinero era en metálico. Este resultado es consistente con la investigación internacional, dado que no solamente los hombres delinquen más que las mujeres sino que también la mayoría de las víctimas de los delitos son hombres. En conjunto, las mujeres y los hombres se apropiaron por igual de las cartas perdidas, excepto si la cantidad de dinero era grande. A partir de cierta cantidad, el 50% de los hombres robaba y menos del 25% de las mujeres lo hacían.

Lo anterior puede vincularse con la línea de investigación que ha considerado que hay diferencias entre sexos en cuanto a roles sociales asociados al género. Según Fiddens, 1993: 176, muchas mujeres están socializadas para valorar diferentes cualidades de la vida social que los hombres. Por ejemplo, cuidar a los demás, preocuparse por sus relaciones personales o ser más honesto, como en los ejemplos que se acaban de referir, resulta más prioritario, en general, para las mujeres que para los hombres. Estos aspectos juegan probablemente un papel importante en la prevención de la conducta delictiva: cuando uno es capaz de preocuparse de los demás y de cuidar sus relaciones humanas, es más improbable que se conduzca violentamente con otros. Si las mujeres están más preparadas para eso, es posible que dimanen de esta preparación mayor en sus relaciones humanas una menor tendencia a delinquir o a ser agresivas.